

Siameses y zarcillos

Yo nunca había visto a un gitano, aunque me los imaginaba. Cuando nos poníamos a jugar con la copa de picón, toqueteando las ascuas con un palito para que saltaran chispas, mi padre nos decía que así cogéramos el olor de la candela y que oleríamos a gitanos. Cuando mi hermana salía de la casa con greñas, mi padre le ordenaba a gritos que entrara a peinarse y que no saliera así, que salir de casa despeinada también era cosa de gitanos. Poco a poco les fuimos cogiendo miedo, sobre todo después de oír a mi padre y a Juana, la panadera, susurrando algo sobre un posible encuentro con la gitana del loro. Temíamos que llegara ese momento, nos la imaginábamos como una especie de bruja con verrugas.

Y un día que estábamos los tres afuera, en el llanito de zahorra, junto a la higuera, vimos que se acercaba una mujer. Detrás, a cierta distancia, venía un hombre con un bastón. Eran altos y con andares tranquilos. ¿Terminarían por entrar en el caminito o seguirían de largo? Normalmente salíamos corriendo hacia la casa cuando pasaba alguien, pero ese día nos quedamos allí esperando a ver qué pasaba. Al llegar a la entrada de nuestro carril tomaron el caminito hacia nosotros y se fueron acercando más y más, mirándonos de frente. Nos pusimos nerviosos. Desde lejos ya vi algo raro en aquella mujer, tenía unos ojos enormes. Además, los llevaba pintados con unas líneas negras que se les escapaban en punta por las comisuras de los ojos. Mi hermana Celia salió corriendo para despertar a mi padre de su siesta. No estábamos acostumbrados a visitas ni a hablar con extraños. Cuando la mujer llegó a nuestra altura se agachó y me acarició la barbilla. No a mi hermano, el más grande y hermoso de los dos, sino a mí. Eso no me lo había hecho nadie antes, a excepción de un abrazo de Juana, la panadera, cuando me regaló el libro de Julio Verne.

La mujer gitana me preguntó por mi nombre y me despeinó cariñosamente, dejando el rastro de su perfume sobre mi pelo y una especie de eco de tintineo de pulseras brillantes en el aire. Oía a limones verdes. Verdes y dulzones mezclados con romero, o algo así. Yo no había escuchado nunca la palabra elegante ni sabía lo que eso significaba. Aquel día aprendí el concepto antes que la propia palabra. Luego nos sonrió abriendo sus labios del color del higo de tuna y nos enseñó su dentadura grande y hermosa. Nunca habría imaginado que unos dientes pudieran hipnotizarme así. Se incorporó y se acercó a la casa con un bolso bamboleando en su mano izquierda. Me fijé en sus manos, en las dos tenía pulseras de oro. El brillo dorado sobre su piel me resultó tan extraño que se me vino a la cabeza su imagen sobre un altar o algo parecido, con muchas flores, no sé cómo explicarlo. La seguimos con la mirada mientras caminaba hacia la casa. Había venido por el camino de tierra y, sin embargo, sus zapatos de charol brillaban como los escarabajos después de una tormenta. Sus meneos y su ropa oscura y ajustada nos tuvieron en vilo hasta que entró tras apartar la cortina. El

hombre que la seguía buscó algo para sentarse y encontró la silla de enea junto al pozo, la colocó bajo la higuera y nos habló con voz grave y tranquila.

—Qué bien. Todo el día los dos juntitos, ¿no?

Cruzó las piernas y se dejaron ver los calcetines blancos. Sus zapatos terminaban en punta, en una cuña amenazante, sobre todo cuando empezó a balancear una pierna sobre la otra. La tela del pantalón, negra con rayas, bailaba al son del vaivén. Se dio cuenta de que eso nos hipnotizaba y ya no paró de moverla. Calistro se acercó a curiosear. Iba a olisquearle los pies, pero se detuvo ante el balanceo, relajó de nuevo su hocico húmedo y se volvió, tan diligente como había venido. Su sonrisa, la del hombre, también era de dientes grandes, aunque no tan blancos. Sacó un paquete rojo de su chaqueta y encendió un cigarrillo. Siguió hablando, aunque hacíamos más caso al aroma del humillo que a sus palabras.

—¿Cómo os llamáis? ¿Tenéis un nombre cada uno o uno para los dos?

—Yo, Martín, y éste, Pascual —le respondí, por si acaso así comenzaban a disolverse nuestros motes, Pegao Chico y Pegao Grande.

—Ah, qué bien. Y siempre vais juntos, ¿no? —insistió.

—Estamos pegados... ¿no nos ve? —le dije.

—Ya, claro. Qué pregunta...

—¿Usted sabe leer y escribir? Nosotros sí —me apresuré a decirle, ansioso por que el mundo supiera lo de las clases de la panadera, por fin.

—Sí, claro que sé escribir —contestó el hombre sin dejar de balancear su pie puntiagudo.

—¿Y las metáforas? ¿Sabe usted lo que son las metáforas?

—¿Metaqué...? Uy, chiquillo, yo qué sé —y dio otra calada para expulsar el humo hacia arriba.

Intenté conducirlo por el sendero del saber explicándole lo de las metáforas. No me dio esa oportunidad. Cambió de tema sin darme cuenta y durante un rato no paró de decir pamplinas. No decía nada importante, aunque en ningún momento nos hizo sentir incómodos, al contrario, de vez en cuando nos preguntaba cosas y daba la impresión de que le importaba lo que decíamos —con tal que no fuera sobre metáforas—. De vez en cuando miraba hacia la cortina de la casa y luego a su reloj, que también brillaba, como las pulseras de la mujer. De pronto, como si se hubiera quedado sin tema de conversación, nos saltó con la típica tontería que se pregunta a los niños.

—Bueno... ¿Y qué queréis ser de mayores?

Y me entraron ganas de buscar un pelote para darle un cantazo en la cara. Todo había ido bien hasta que a aquel moreno con pie nervioso se le ocurrió hablar de futuro a dos niños siameses. Nos quedamos en silencio. Al ratito salieron todos de la casa, la mujer primero, con una sonrisa más grande que la de antes, mi padre detrás y mi hermana la última, dando saltitos y tocándose las orejas. Estaban contentos y yo no sabía por qué. El hombre moreno con traje de rayas se apoyó en su bastón de bambú, se levantó con aparente esfuerzo, como justificando un duro trabajo, y nos guiñó antes de seguir a la mujer a unos pasos

de distancia. La pareja se fue por el caminito guardándose la distancia, igual que había venido. Mi padre retomó sus faenas en la huerta y mi hermana se nos acercó a enseñarnos sus nuevos pendientes de oro, que ese era el misterio. Eran grandes y se movían llevándose sus lóbulos de un lado a otro.

—Me los ha comprado papá. La panadera le ha dicho lo bien que aprendo las cosas y que me debería llevar al colegio. Ah, y que tengo que vestir como una mujercita, que me estoy convirtiendo en un marimacho.

Yo estaba convencido de que mi padre nunca la llevaría al colegio, por mucho que la viera por las noches haciendo cuentas o escribiendo, parándose de vez en cuando para restregarse los ojos por la falta de luz. Más de una vez lo pillamos mirándola, embobado, mientras Celia apretaba el lápiz mordiéndose la lengua.

—¿Se los ha comprado a esa mujer? —preguntó mi hermano.

—Sí, a Damiana, la gitana del oro.

—Ah... —dijimos los dos a la vez.

Durante un tiempo relacioné a mi hermana con el movimiento de vaivén de sus pendientes. Se la veía alegre, aunque más tarde me di cuenta del motivo por el que mi padre nos vestía mejor y compraba zarcillos a mi hermana: con eso, creo yo, hacía ver a Juana, la panadera, que no era tan señorito ni tan mal hombre. Mayesto, sí, pero a su entender, honrado, aunque no nos llevara al colegio.

Pocos días después se acercó Juana a casa. No traía pan sino una caja de cartón. Le regaló a mi hermano Pascual todos los tebeos de su Ramón y a mí varios libros más. No quiso decir nada, ni que le diéramos las gracias. Hacía tres días que había enterrado a su niño. Sí, Juana era buena persona. No se tenía que haber ido de Conil, de las Huertas del Pirata, unos meses después. Les daba cordura y sentido. No tenía que haberse ido de aquel rincón encajonado entre lindes de tunas, un poco más allá de las tumbas de romanos, o de moros, cerca ya de los pinares de san Cayetano. Pero claro, para eso tampoco se tenía que haber metido Ramón en aquella cueva de La Muela, cerca de Vejer, con sus paletas separadas y su gesto de cuello para aventar el flequillo, ni se tenía que haber muerto desnucado en una mala caída, él siempre tan valiente de un lado a otro con sus aventuras de machito. Pensándolo bien, tampoco se tenía que haber ido Ambrosio a Alemania. Ambrosio, el de la vaqueriza, el padre de Lele. Pero esas son otras historias, que me lío.

Celia traía los cubos de agua del pozo con meneítos hacia los lados y sus pendientes hacían el recorrido contrario, como si así compensara el peso y el vaivén de los cubos. Luego, no recuerdo cuándo ni por qué, dejé de vérselos puestos, poco antes de que mi padre la enviara a servir, tan chica. En realidad, dejé de ver aquellos pendientes y a mi propia hermana. En aquellas fechas no fui consciente de que Celia, mi pequeña madre postiza, desaparecería tan pronto de nuestras vidas. Aunque lo más duro fue cuando, dos años más tarde, falleció Pascual, mi hermano siamés.